

EL PUEBLO ENTRE PRÍNCIPES: UNA LECTURA DE *IL PRINCIPE* DE NICOLÁS MAQUIAVELO

por Eugenia Mattei*

I. Introducción

Una de las partes más celebres de *Il principe* es la dedicatoria a Lorenzo Piero de Medici¹. En ella Nicolás Maquiavelo parece autorizarse a sí mismo a hablar en representación del pueblo y afirma que tratará de no sonar presuntuoso, a pesar de ser un hombre de baja e ínfima condición que se atreve a discutir temas de gobierno de los príncipes. Asimismo, en el libro prevalece un claro protagonismo de los líderes y el modo en que, en determinados momentos, los líderes virtuosos conducen al pueblo para lograr sus objetivos².

En el presente artículo nos proponemos abordar el tratamiento del pueblo que realiza Maquiavelo en *Il principe*. Ahora bien, ¿por qué sería significativa la sistematización de la noción de pueblo en un libro que, en principio, trata sobre el príncipe? El motivo fundamental que anima este artículo es sostener que a través del modo en que Maquiavelo piensa al pueblo, se podrán explorar interrogantes más generales de su obra, a saber: la

* Doctora en ciencias sociales (UBA). E-mail: eugeniamattei@gmail.com.

¹ Maquiavelo primero había decidido dedicar el opúsculo a Giuliano, hijo de Lorenzo el Magnífico, duque de Nemours, pero luego cambió de decisión y se lo dedicó a Lorenzo, hijo de Pedro de Medici, que en 1515 había sido proclamado capitán general de los florentinos. Al respecto, véase la carta del 10 de diciembre de 1513 de Maquiavelo a Francesco Vettori (Maquiavelo 1979).

² Hacemos referencia, especialmente, a los siguientes momentos del libro: en el caso de César Borgia, la voluntad que tuvo en poner a Ramiro d' Orco como ministro de Romagna; en Moisés, la disciplina que ejerció a través de mostrarse como representante privilegiado de Dios; y en el caso Ciro, el ejercicio virtuoso del engaño.

relación líder-pueblo y la importancia de las pasiones para entender el modo en que se piensa y se construye el vínculo político. Pero también, la identificación y el tratamiento de cada mención del pueblo nos permitirán visibilizar el singular modo en que Maquiavelo entiende a la figura popular en un sentido más general.

A estos efectos, procederemos del siguiente modo: en primer lugar, se repondrán secuencialmente las menciones del pueblo en esta obra, restituyendo las diferentes configuraciones que se insertan en el horizonte textual. En segundo lugar, se revistará aquella literatura especializada que se ha enfocado en el modo en que aparece el pueblo en la obra en cuestión, lo cual resulta un insumo para seguir explorando la configuración que tiene el pueblo en *Il principe*. En el tercer apartado, identificaremos los conceptos-problemas que resultan relevantes con el objeto de pensar la innovación teórica que estas menciones vehiculizan. Por último, en las conclusiones del artículo recapitularemos lo analizado para visibilizar qué idea de pueblo está en juego en la obra.

II. El pueblo en *Il principe*

Las menciones del pueblo se encuentran presentes en la dedicatoria y en los capítulos III, IV, VI a X, XVI a XVII, XIX a XX y XVI de *Il principe*. Es decir, de los veintiséis capítulos que componen la obra, en doce de ellos hallamos referencias al pueblo³. Para lograr interpretar qué nos está diciendo Maquiavelo cuando se refiere al pueblo, hemos decidido recorrer secuencialmente los capítulos identificados del libro.

La primera mención al pueblo, como hemos señalado en la introducción de este artículo, aparece en la dedicatoria que Maquiavelo escribe a Lorenzo de Medici. Esta referencia no se comprende de manera aislada: Maquiavelo pone en el texto una metáfora entre la condición de ser dibujante y la de ser líder y pueblo. El dibujante se ubica en diferentes posiciones geográficas para poder dibujar y tener una mejor perspectiva respecto del

³ Empero, como no todas las menciones poseen las mismas proporciones en el relato, hemos excluido de nuestro análisis dos referencias: una presente en el capítulo IV y otra en el VIII. Creemos que son referencias dispersas y que no iluminan ninguna problemática del pensamiento de Maquiavelo.

paisaje que está pintando. Algo similar sucede con la relación entre el príncipe y el pueblo:

...es que así como los que dibujan paisajes se ubican abajo en el suelo [*bassi nel piano*] para considerar la naturaleza de los montes [*la natura de' monti*] y de los lugares altos [*luoghi alti*], y para considerar la de los lugares bajos se ubican alto sobre los montes, de manera similar, para conocer [*conoscere*] bien la naturaleza de los pueblos [*la natura de' popoli*] es necesario ser príncipe y para conocer la de los príncipes es necesario ser el pueblo [*esser popolare*] (Maquiavelo 2012: 4).

Así, desde el comienzo, Maquiavelo pone en escena a los príncipes y al pueblo en diferentes niveles. El pueblo se encuentra “abajo en el suelo” [*bassi nel piano*] y el príncipe, por el contrario, en “los lugares altos” [*luoghi alti*]. Que ambos se encuentran en distintos niveles parece un asunto evidente. Que hay una posición jerárquica que marca una distancia también es algo indudable: uno es el pueblo que se encuentra en el suelo y el otro es el príncipe que está en la cima. Pero esa distancia no implica que no exista una interrelación entre ambas figuras: desde la cima donde se encuentra el príncipe se conoce al pueblo y, al mismo tiempo, desde la perspectiva que otorga estar en la planicie del suelo el pueblo puede conocer al príncipe. En este juego de referencias y metáforas entre el pueblo, el príncipe y dibujante, se halla la idea del intercambio de perspectivas entre el príncipe y el pueblo. Con esta idea, Maquiavelo pone en escena una pareja espacial “alto-bajo” para la comprensión del vínculo pueblo-príncipe⁴.

La siguiente aparición del pueblo se encuentra en el capítulo III, dedicado a los principados mixtos. Es ahí donde Maquiavelo relata la invasión del rey de Francia Luis XII a Milán y el conflicto con el duque Ludovico Sforza en torno a la figura de Cesar Borgia. Ahora bien, la mención del pueblo aparece de la siguiente manera:

Por estas razones, el rey de Francia Luis XII ocupó rápidamente Milán y la perdió también rápidamente; y bastaron para arrebatarla, la primera vez, las mismas fuerzas de Ludovico; porque ese pueblo

⁴ Retomamos de Stefano Visentin (2013) esta idea del “espacio maquiaveliano” presente en la pareja de alto-bajo.

[*quelli popoli*] que le había abierto la puerta, al verse engañado [*ingannati*] por sus opiniones y por aquel futuro bien que había esperado [*quello futuro bene che si avevano presupposto*], no pudo tolerar los abusos del nuevo príncipe (Maquiavelo 2012: 8-9).

Para Maquiavelo, una vez ocupado Milán por los franceses, el pueblo permitió la entrada de Luis XII y expulsó a Ludovico, el Moro. Pero cuando el gobernador milanés Trivulzio, que comandaba el ejército francés, engañó al pueblo, este último ayudó al Moro, el mismo que había echado, para que vuelva a entrar al territorio. Al descubrir que habían sido “engañados” [*ingannati*] por Trivulzio, por los franceses y por aquel futuro bien que habían esperado, los hombres del pueblo fueron capaces de poner freno al rey en su pretensión de convertirse en nuevo príncipe. Es interesante señalar que al decir “aquel futuro bien que había esperado”, Maquiavelo pone en escena a la esperanza como una pasión que puede animar la acción del pueblo.

A continuación, en el capítulo VI, dedicado a los “ejemplos notabilísimos” de Moisés, Ciro, Rómulo y Teseo, encontramos dos menciones al pueblo. La primera se refiere al pueblo de Israel [*il popolo d' Israel*] como una materia disponible para la aparición del líder. La segunda se refiere a la naturaleza de los pueblos [*la natura de' populi*] como algo variable⁵, y por ende fácil de persuadir. Pero cuando se pensaba que se podía ejercer la persuasión sobre los pueblos sin que existiera ninguna tensión, Maquiavelo dice que es difícil mantenerlos persuadidos [*ma è difficile fermarli in quella persuasione*]. Si el pueblo puede cuestionar un dominio cuando descubre que fue engañado y cuando se desvanecen sus esperanzas de un futuro bien, la persuasión que pretende ejercer un líder sobre este puede encontrar sus límites⁶.

Hasta aquí podemos decir provisoriamente dos cuestiones relativas al pueblo. Primero, hay un intercambio y un vínculo que no es unidireccional entre el líder y el pueblo a través de la pareja espacial alto-bajo presente en la dedicatoria. Segundo, el pueblo parece ser capaz de cuestionar determinadas formas de dominio cuando descubre el engaño y cuando sus esperanzas de un futuro bien se desvanecen. Tercero, y que refuerza el anterior aspecto, en

⁵ Es interesante remarcar que al decir que la *natura* es variable, ya no estamos hablando de naturaleza en sentido estricto sino de contingencia.

⁶ Sobre este punto, véanse los trabajos de Stefano Visentin (2009, 2013).

el capítulo VI Maquiavelo advierte que la naturaleza del pueblo es variable y, por tanto, la persuasión ejercida sobre este no es algo permanente.

Al continuar con el capítulo VII “De los principados nuevos que se adquieren con las armas y la fortuna de otros”, nos encontramos nuevamente con la figura de César Borgia. Al respecto, la primera referencia en el capítulo es la siguiente:

Eliminados entonces estos jefes y reducidos sus partisanos a amigos suyos, el duque había forjado más que buenos cimientos para su potencia, pues tenía toda la Romaña con el ducado de Urbino, y le parecía, sobre todo, que había adquirido la Romaña como amiga y que se había ganado a todos esos pueblos [*tutti quelli popoli*] porque a estos les había empezado a gustar su bienestar [*cominciato a gustare el bene esser loro*] (Maquiavelo 2012: 37).

La referencia a los pueblos en relación con la figura de Borgia no es una mención aleatoria: la construcción del liderazgo de Borgia implicó un lazo particular con el pueblo. En este sentido, y como dice la cita destacada, la potencia de Borgia suponía, además de haber adquirido el ducado de Urbino y ser príncipe de toda Romagna, la habilidad de haberse ganado a los pueblos de esos territorios. Al decir, “les había comenzado a gustar su bienestar”, Maquiavelo parece mostrarnos la presencia de una especie de comunión que existe entre el pueblo de Romagna y César Borgia.

En el desarrollo del capítulo encontramos otro punto relevante para nuestro argumento. Al percibir en el pueblo un odio furibundo por la crueldad [*crudeltà*] desmedida con que había actuado Ramiro d’Orco, Borgia hizo colgar al ministro en Cesena. La ferocidad de ese espectáculo [*ferocità del quale spettacolo*] dejó a los hombres del pueblo “satisfechos y estupefactos” [*satisfatti e stupidi*]. Este suceso repone, por un lado, el odio que el pueblo puede sentir por un poder que ejerce la crueldad y, por otro lado, respecto de cómo un líder (Borgia) no puede actuar aisladamente, su acción está ligada a la necesidad de satisfacer al pueblo. El pueblo se encuentra “satisfecho” por librarse de un gobernante cruel y, al mismo tiempo, “estupefacto”, es decir, asombrado por la acción de Borgia. Este “*spettaculo*” feroz y visible para todos, produce un efecto: transmutar las pasiones que tenía el pueblo.

Conviene seguir ahora con el capítulo IX dedicado a los principados civiles. Este capítulo es el más citado de *Il principe* por la literatura especializada cuando se pretende estudiar los humores en el pueblo y los grandes:

Pero yendo a la otra parte, cuando un ciudadano particular, no con crímenes u otra violencia intolerable, sino con el favor de sus conciudadanos se convierte en príncipe de su patria, a esto se lo puede llamar principado civil. Para llegar a él no es necesaria ni toda la virtud ni toda la fortuna sino más bien una astucia afortunada. Digo que se asciende a este principado o con el favor del pueblo [*il favore del populo*] o con el de los grandes [*il favore de' grandi*]. Porque en cada ciudad se encuentran estos dos humores diversos [*questi dua umori diversi*]; y de esto nace que el pueblo desea no ser mandado ni oprimido [*il populo desidera non essere comandato né oppresso*] por los grandes y los grandes desean mandar y oprimir al pueblo, y de estos dos apetitos diferentes nace en las ciudades uno de estos tres efectos: o principado o libertad o licencia (Maquiavelo 2012: 49).

En cada ciudad, por más singular y diferente que sea, habitan dos “humores” [*umori*], que toman forma en el “deseo” [*disedera*] de los pueblos de no ser dominados y en el de los grandes de mandar al pueblo. Al decir, “*umori, disedera de essere*”, Maquiavelo parece entender los conflictos entre *popolo* y *grandi* a través de deseos y pasiones, y no entre conflictos por recursos.

Las diferentes configuraciones entre estos dos deseos pueden originar un principado apoyado por el pueblo o uno por los grandes⁷. Maquiavelo continúa su argumento y advierte que el principado con apoyo popular dura más que aquel sostenido por los grandes, ya que los grandes, al sentirse pares del príncipe, son difíciles de ser dirigidos. El pueblo, por el contrario, posee “un fin más honesto” [*è più onesto fine*] (Maquiavelo 2012: 50) que es no querer ser dominados⁸. Los grandes, a diferencia del pueblo, son más “astutos” y tienen mayor previsión y es por ello que el príncipe debe tener más cuidado. Además, el príncipe tiene que vivir siempre con el mismo pueblo, pero puede arreglárselas sin los grandes, pudiendo deshacerse de ellos.

Aquel príncipe que se convierte en tal mediante el apoyo del pueblo, si quiere continuar con su orden, debe mantener ese lazo satisfaciendo el

⁷ En relación a este punto, Maquiavelo dice “*El principato è causato o dal populo o da' grandi*” (Maquiavelo 1971: 45). Nosotros hemos optado por decir “el principado apoyado por el pueblo o por los grandes” porque nos parece que esta traducción comprende el sentido del texto maquiaveliano.

⁸ De esto último parece deducirse que el pueblo no desea ser dominado por los grandes. Pero, en algún sentido, parece soportar el dominio que ejerce el príncipe sobre él.

deseo del pueblo de no ser oprimido. Pero, advierte Maquiavelo, un hombre que llega a ser príncipe a través del apoyo de los grandes también debe ganarse al pueblo. En definitiva, la salida para el príncipe parece siempre la misma: conquistar el apoyo popular; de lo contrario, no tiene más remedio que enfrentar la adversidad. Si el príncipe que se apoya en el pueblo es valiente, audaz "...y con su ánimo y sus órdenes mantiene animado al pueblo" (Maquiavelo 1971: 47)⁹ nunca será engañado por este. Finalmente, el capítulo termina con que "...un príncipe sabio debe pensar un modo por el cual sus ciudadanos siempre y en toda circunstancia y tiempo necesiten al Estado y lo necesiten a él; así siempre le serán fieles" (Maquiavelo 2012: 53).

En el capítulo X la presencia del pueblo se encuentra en relación con las pasiones, más específicamente, con la pasión del temor y la pasión de la esperanza.

Y a quien replique que si el pueblo [*il popolo*] tiene sus posesiones afuera, al verlas arder no tendrá paciencia, y el largo asedio y el propio interés lo harán olvidarse del príncipe, a este respondo que un príncipe poderoso y animoso [*potente et animoso*] superará siempre todas esas dificultades, infundiendo a los súbditos, ya sea la esperanza de que el mal no prosiga por mucho [*dando ora speranza a' sudditi che el male non fia lungo*], ya sea el temor a la crueldad [*timore dellacrudeltà*] el enemigo, ya sea asegurándose con habilidad de los que le parezcan demasiado atrevidos (Maquiavelo 2012: 56).

En este capítulo, dedicado a cómo deben medirse las fuerzas de todos los principados, la figura del pueblo aparece en torno a un príncipe que es fuerte y que no se hace odiar. Este príncipe, a pesar de ser atacado, pudo lograr el apoyo de sus súbditos —es decir, del pueblo y de los grandes— porque infundió la esperanza en tiempos futuros más felices —pasión ya presente en los capítulos III y VII de *Il principe*— y por el temor a la crueldad que podía ejercer el enemigo. En suma, Maquiavelo repone nuevamente al pueblo en relación con un príncipe-líder a través de un circuito pasional que se genera entre ambos: el pueblo siente temor (por los enemigos) y esperanza (en los tiempos futuros).

⁹ En la edición en italiano, Maquiavelo hace referencia al "*lo universale*" que resulta ser un significado análogo al *popolo* según la traducción al cuidado de Sergio Bertelli.

Seis capítulos más adelante (XVI) nos encontramos nuevamente con la presencia del pueblo articulada en torno a si el príncipe debe ser liberal o moderado en los gastos. Maquiavelo advierte que el príncipe liberal genera odio de los súbditos. La referencia al pueblo en este capítulo —en realidad Maquiavelo dice *i popoli*— la encontramos cuando Maquiavelo caracteriza al príncipe no-liberal:

Por lo tanto, un príncipe no puede usar esta virtud de la liberalidad sin perjuicio propio de modo notorio, si es prudente no debe preocuparse por la fama de miserable, porque con el tiempo será considerado cada vez más liberal cuando los súbditos vean que gracias a su parsimonia sus ingresos le son suficientes, puede defenderse de quien le hace la guerra, y puede llevar a cabo empresas sin gravar a los pueblos [*può fare imprese sanza gravare e populi*]. Así, al final, es liberal con todos aquellos a quienes no quita nada, que son infinitos, y mezquino con todos aquellos a quienes no les da, que son pocos (Maquiavelo 1971: 67)¹⁰.

En virtud de esta cita que destacamos se puede iluminar algún aspecto de la comprensión que hace Maquiavelo en torno al pueblo: la “aparente” condición miserable del príncipe, por un lado, tiene como contrapartida un aspecto generoso con el pueblo (“es liberal con todos aquellos a quienes no les quita nada, que son infinitos”) y, por otro, evita que nazca el odio en los corazones del pueblo.

En el capítulo siguiente, el XVII, la mención del pueblo se encuentra a través de la referencia del pueblo florentino:

Lo cual, si se lo considera bien, se verá que [Borgia] ha sido mucho más piadoso que el pueblo florentino, el cual, para eludir la fama de cruel, dejó que se destruyera Pistoia (Maquiavelo 2012: 86).

Maquiavelo nota que el pueblo florentino fue, en efecto, mucho más cruel que Borgia al permitir que se destruyera Pistoia. Es decir, la crueldad se define a partir de los efectos que produce una acción: Borgia logró que Romagná permaneciera unida por más que uso la crueldad; el pueblo

¹⁰ Traducción propia.

florentino, por el contrario, resistiéndose a usar la crueldad dejó que Pistoia —ciudad vasalla de Florencia— fuera asediada por las luchas internas entre facciones políticas. La segunda referencia al pueblo en el capítulo se encuentra bajo la denominación de la “*universalità*” al igual que el capítulo IX y el XIX. Un príncipe como Borgia, advierte Maquiavelo, no debe preocuparse por utilizar poquísimos castigos ejemplares [*pochissimi esempli*] si con eso se tiene a los súbditos unidos y leales [*uniti et in fede*] porque con estos castigos ejemplares ofenden a una parte y no a un pueblo entero [*universalità*] (Maquiavelo 2012).

De la lectura de este capítulo surgen dos cuestiones en torno al pueblo dignas de ser notadas: por un lado, el pueblo —y no solo un líder— puede ser considerado cruel cuando no es capaz de defender una ciudad que le pertenecía; por otro lado, el pueblo puede ser leal a un príncipe como lo demostró el accionar de Borgia.

Hasta aquí la referencia al pueblo está emparentada con los príncipes o líderes. Posteriormente, Maquiavelo realiza una aseveración sobre la naturaleza de los hombres al decir que son:

...ingratos [*ingrati*], volubles [*volubili*], simuladores [*simulatori*] y disimuladores [*disimulatori*], ávidos de lucro, huyen de los peligros; y mientras les hace bien a ellos, son todos tuyos: te ofrecen la sangre, sus cosas, la vida, los hijos, como dije más arriba, cuando la necesidad está lejos; pero cuando la necesidad se adueña de ti, se dan vuelta (Maquiavelo 2012: 88).

Esta caracterización parece corresponderle tanto a los grandes como a los pueblos porque Maquiavelo habla de la naturaleza de los hombres. No obstante, es necesario continuar el desarrollo del discurso del autor para buscar el modo en que aparece el pueblo. Luego de caracterizar a los hombres, Maquiavelo introduce la pasión del amor que resultará fundamental para comprender al pueblo y su relación con el príncipe. Nuestro autor nos advierte que los hombres tienen menos escrúpulos en ofender a uno que se hace amar que a uno que se hace temer, porque al caracterizar a los hombres como malos, un vínculo de obligación asentado en el amor se puede quebrar fácilmente. El miedo, por el contrario, mantiene la relación. En resumen, los hombres son malos, y solo puede sostenerse un vínculo a través del temor y no del amor. Pero ese príncipe tiene que impedir que sus súbditos lo odien.

Esto podrá lograrlo si se abstiene de apoderarse de las cosas de sus ciudadanos y sus mujeres. Y si avanza “contra la sangre de alguno”, debe hacerlo cuando “haya una justificación conveniente para ello y causa manifiesta, pero sobre todo que se abstenga de apoderarse de las cosas de otros” (Maquiavelo 2012: 88). Entonces, es necesario abstenerse de querer las cosas de los otros porque los hombres “...olvidan más rápido la muerte del padre que la pérdida del patrimonio” (Maquiavelo 2012: 88)¹¹. Como dijimos al comienzo, esta descripción respecto de cómo son los hombres, a diferencia de lo que venimos trabajando, parece corresponderle tanto a los grandes como a los hombres del pueblo. Sin embargo, cuando Maquiavelo dice que los hombres pueden olvidar más rápido la muerte de un familiar que la pérdida del patrimonio, parecería estar describiendo más a los grandes que al propio pueblo. De todos modos, lo que resulta claro hasta aquí, en virtud de estas afirmaciones, es la presencia de las pasiones del temor y el amor¹² en el lazo político entre el príncipe y los súbditos —que incluyen a los grandes y al pueblo— porque los “hombres aman según su voluntad y temen según la voluntad del príncipe”.

Es necesario continuar con el capítulo XIX “De cómo evitar el desprecio y el odio”, en el cual también aparece el pueblo vinculado a las pasiones y su relación con el príncipe. Pero para llegar a comprender la primera aparición del pueblo en el capítulo es necesario recorrer el modo en que se despliega el discurso de Maquiavelo enfocado, principalmente, en el desafío que enfrenta el príncipe para sostener su orden y para relacionarse con los grandes. El capítulo comienza con “estas generalidades” [*questi generalità*] que el príncipe debe evitar para que lo vuelvan “odioso y despreciable” [*odioso o contennendo*]. Un hombre se vuelve odioso si es rapaz y usurpador de las cosas y de las mujeres de los súbditos (que son, por el momento, los grandes y el pueblo). Si logra abstenerse de este tipo de acciones, los hombres vivirán contentos. Casi a continuación, Maquiavelo anuncia que el príncipe debe luchar contra la ambición de los pocos [*ambizione di pochi*], es decir, de los grandes. Luego de mencionar la ambición que tienen los pocos, Maquiavelo repone la figura del pueblo:

Contra eso [Maquiavelo se refiere a las conjuras] el príncipe se asegura en gran medida evitando ser odiado o despreciado y teniendo

¹¹ Este argumento se repone en *Discorsi* III.19 y III.23.

¹² En relación al amor y Maquiavelo, véase el trabajo de Fournel (2015).

al pueblo satisfecho [*populo satisfatto*] con él, algo que es necesario conseguir (...) Y uno de los remedios más poderosos que un príncipe tiene contra las conjuras, es el no ser odiado por el conjunto del pueblo [*universale*]: porque siempre el que conspira cree que va a satisfacer al pueblo [*satisfare al populo*] con la muerte del príncipe; pero cuando cree que así va a ofenderlo no se atreverá a tomar tal decisión, porque las dificultades que tienen los que conjuran son infinitas (Maquiavelo 1971: 76)¹³.

Entonces, si el príncipe lucha contra la ambición de los pocos y evita las características que dañan su reputación —ser considerado como “...voluble, superficial, afeminado, pusilánime, irresoluto” [*vario, leggieri, effeminato, pusillanime, irresoluto*] (Maquiavelo, 2012: 96)— logrará tener al pueblo satisfecho [*populo satisfatto*] y sin odio. Asimismo, conseguirá que nadie se atreva a realizar una conjura en su contra para no ofender a un pueblo satisfecho por su príncipe. De lo contrario, si el pueblo es el enemigo, el príncipe debe preocuparse por las conjuras y “...debe temer de todas las cosas y de todos” (Maquiavelo 2012: 99). Más allá de los desplazamientos presentes en el capítulo, observamos dos cuestiones en torno al pueblo: por un lado, el pueblo puede sentir odio por su príncipe; por otro, el pueblo puede sentirse satisfecho con él.

Luego de analizar los riesgos de la conjura¹⁴, Maquiavelo avanza hacia una especie de tipificación y posterior comparación entre el conjurador y el príncipe. Es necesario describir las características del conjurador y del príncipe para poder iluminar el modo en que aparece el pueblo:

...pero de la parte del príncipe están las majestad del principado [*maestà del principato*], las leyes, las defensas de los amigos y del estado que lo protegen; de modo tal que, agregado a todas estas cosas la benevolencia popular [*benivolenzia popolare*], es imposible que alguien sea tan temerario como para conspirar en su contra. En general, allí donde un conspirador tiene temor antes de ejecutar el mal, en este caso, teniendo por enemigo al pueblo [*inimico el popolo*], debe

¹³ Traducción propia.

¹⁴ El análisis de las conjuras y sus implicancias en el orden político, no solo es parte de esta obra sino que también se encuentra en el centro de *Discorsi* III.6.

temer todavía más después del resultado, ya que por esta razón no podrá esperar obtener refugio alguno (Maquiavelo 2012: 98).

Entonces, en el conspirador habita el miedo, la preocupación y la sospecha de ser castigado. En el príncipe reside la majestad [*maestà del principato*], las leyes, el auxilio de los amigos y del Estado que lo defienden. De todas estas características que Maquiavelo le otorga al príncipe le suma luego, la capacidad de recibir la “benevolencia popular” [*benivolenzia popolare*].

Pero Maquiavelo realiza desplazamientos. Si dijo que en el pueblo habitaba una idea de *benivolenzia* que le era propia, en el párrafo que le sigue aborda un episodio histórico que parece contradecir tal afirmación. En este caso, el suceso al que hace referencia es el asesinato del señor Annibale Bentivoglio, abuelo de Annibale, príncipe de Bolonia, por los Canneschi. El pueblo, avisado de esta situación, se sublevó y asesinó a todos los Canneschi [*si levò il populo e ammazzo tutti e Canneschi*]¹⁵. Es decir que la benevolencia no parece ser una característica permanente del pueblo. Más bien, la benevolencia popular es dirigida hacia alguien y tiene un sentido. Por ejemplo, el pueblo no fue benevolente con los Canneschi porque estos habían asesinado a Betivoglio. Y es por eso que cuando el pueblo es el enemigo y tiene odio, se lo debe temer¹⁶.

Posteriormente, el discurso se desplaza al reino de Francia como el ejemplo de un orden bien organizado de su tiempo cuyas instituciones pudieron constituir un juez que castigara a los grandes, favoreciera a los menores y produjera cosas que le otorgaran gratitud. En esa descripción de las

¹⁵ Al respecto, la cita de referencia: “El señor Annibale Bentivoglio, abuelo del actual Annibale, era príncipe de Bolonia; tras haber sido asesinado por los Canneschi, conjurados en su contra, inmediatamente después de ese homicidio y al no quedar como descendencia suya otro que el señor Giovanni, todavía en pañales, se levantó el pueblo y asesinó a todos los Canneschi” (Maquiavelo 2012: 98). En *Istorie Fiorentine* (VI.10) Maquiavelo se extiende más sobre este episodio y narra el problema de sucesión en el gobierno que implicaron las muertes de Aníbal y de los Canneschi. Finalmente asume un hijo ilegítimo del primo de Bentivoglio hasta que Juan, el hijo de Aníbal, cumpliera la mayoría de edad (Maquiavelo 2007: 593-594).

¹⁶ Esto nos recuerda una sentencia de Maquiavelo del capítulo XVIII, en la que por más que no haya una mención explícita de la palabra pueblo, hay una referencia al modo en que se relacionan los hombres con el príncipe: “Y los hombres en general juzgan más por los ojos que por las manos” (Maquiavelo 2012: 95).

instituciones francesas, hay una aparición del pueblo en relación a las pasiones y a las instituciones:

Porque quien organizó ese reino, conociendo la ambición de los poderosos [*l'ambizione de' potente*] y su insolencia [*insolenzia*], y juzgando que para ellos era necesario un freno en la boca que lo corrigiese, y por otra parte, conociendo el odio del pueblo a los grandes [*l'odio dello universale*], que se funda sobre el miedo [*paura*], y queriendo asegurarlos, no quiso que esta fuera una tarea particular del rey, para quitarle el lastre que él pudiera tener con los grandes por favorecer al pueblo y con el pueblo [*favorendo li popolari*] por favorecer a los grandes (Maquiavelo 2012: 99).

Las instituciones francesas son, entonces, la mejor manera para contener la ambición y la insolencia de los poderosos y el odio del pueblo contra los grandes que se funda sobre el miedo —que nosotros deducimos— a ser dominados. Más adelante, Maquiavelo agrega que lo que debe hacer el príncipe es, en efecto, estimar [*stimare*] a los grandes pero no hacerse odiar [*fare odiare*] por el pueblo (Maquiavelo 2012). Es más, el príncipe debe hacer las cosas que provoquen la gratitud y aquellas que dañen su estima las deben hacer otros, como hizo Borgia con Ramiro d'Orco.

Luego de habernos convencido de que el pueblo puede ser capaz de odiar y que esto resulta peligroso para el príncipe, las referencias al pueblo se mencionan de maneras insistentes en relación con los diferentes modos de actuar que tuvieron los emperadores romanos —Marco Aurelio, Lucio Aurelio Cómodo, Publio Elvio Pertinax, Marco Didio Juliano, Lucio Septimio Severo, Lucio Septimio Caracalla, Marco Marino, Heliogábalo, Alejandro Severo y Maximio el Tracio—. Al respecto, es necesario destacar esta extensa cita:

Y lo primero que se debe notar es que, mientras que en los demás principados solo se ha de luchar contra la ambición de los grandes y la insolencia de los pueblos [*insolenzia di populi*], los emperadores romanos tenían una tercera dificultad: tenían que soportar la crueldad y la avidez de los soldados, algo tan difícil que fue motivo de la ruina de muchos, por ser difícil satisfacer a los soldados y al pueblo. Y es que los pueblos amaban la tranquilidad [*amavano la quiete*], y por esto, amaban a los príncipes modestos, mientras que los soldados

amaban al príncipe de espíritu militar y que fuera insolente, cruel y rapaz, y esto obligaba a que él [cada emperador romano] exigiera a los pueblos, para poder sostenerles la duplicación del estipendio y así desahogar su avidez y crueldad (Maquiavelo 2012: 101).

Si antes Maquiavelo había dicho que el pueblo podía ser odioso, ahora agrega la característica de insolente. Luego, añade que el pueblo amaba la tranquilidad [*amavano la quiete*] y que los soldados querían que el príncipe fuera insolente, cruel y rapaz. Por ahora, en el desarrollo de este capítulo, tenemos un pueblo odioso e insolente que posee el amor por la tranquilidad. He aquí una referencia a la pasión del amor contrapuesta al deseo de los soldados de tener un príncipe insolente, cruel y rapaz. Esta situación ponía a los emperadores en una disyuntiva, ¿de qué modo satisfacer ambos? Eran deseos, en efecto, contrapuestos. Maquiavelo encuentra problemática la actitud de aquellos emperadores que satisfacían a los soldados y no consideraban la injuria que se producían a sí mismos al granjearse el odio del pueblo. Para volver a insistir en lo peligroso que conduce el odio popular, el autor menciona el caso paradigmático del emperador Severo que fue muy admirado tanto por los soldados como por los pueblos. Severo era, y aquí utiliza una metáfora zoomórfica, un feroz león y un zorro astuto, ya que logró que los soldados se quedaran atónitos y estupefactos [*attoniti e stupidi*] y los pueblos reverentes y satisfechos [*reverente e soddisfatti*]¹⁷. Entonces, de todos estos rodeos de la escritura maquiaveliana se puede sacar en limpio lo siguiente: si el pueblo está satisfecho no enciende la pasión del odio. Su hijo, Antonino, por el contrario, no obró de la misma manera porque ocasionó “infinitas muertes, y luego de matar a gran parte del pueblo de Roma y a todo el de Alejandría, se volvió odiosísimo para todo el mundo...” (Maquiavelo 2012: 105). En la misma sintonía se encuentran Cómodo, el hijo de Marco, que obtuvo el poder por derecho hereditario y poseía un ánimo cruel y bestial y Maximinio quien, en cualquier parte del imperio, era considerado cruel. Luego, Maquiavelo dice que en el caso de príncipes contemporáneos —salvo los

¹⁷ Traducción modificada: “*Perchè in Severo fu tanta virtù che, mantenendosi soldati amici, ancora che i populi fussino da lui gravati, possè sempre regnare felicemente; perchè quelle sua virtù lo facevano nel conspetto de soldati e de populi sì mirabile, che questi rimanevano quodammodo attoniti e stupidi, e quelli altri reverente e soddisfatti*” (Maquiavelo 1971: 80).

casos del turco y el sultán de Egipto¹⁸— solo debe satisfacer a los pueblos porque poseen una potencia mayor que la de los soldados¹⁹.

De todo este desarrollo del capítulo, podemos inferir dos aspectos principales trabajados. Primero, el pueblo puede sentir odio y puede ejercer la crueldad (matar a las Canneschi) pero también puede ser benevolente. Segundo, si el pueblo se siente satisfecho por su príncipe no odiará.

En el capítulo XX, dedicado a las fortalezas, la figura del pueblo aparece de dos maneras, una de manera directa bajo la denominación de *sudditi* y otra de forma indirecta en relación con las fortalezas, que se entrelazan de manera constante. En la primera mención, la más directa, se lee en qué grado es necesario armar a los súbditos, “...pues al darles armas, esas armas se convierten en tuyas, se vuelven fieles [*fedeli*] los que sospechaban de ti, y los que te eran leales se mantienen, y así los súbditos se convierten en partisanos tuyos” (Maquiavelo 2012: 110). En esa aseveración descubrimos una novedosa característica que Maquiavelo le otorga al pueblo: si el líder tiene confianza en su pueblo —al brindarle armas— puede generar en él lealtad. La otra mención, más indirecta, es en relación con las fortalezas. Aquí Maquiavelo recupera el caso Borgia:

La mejor fortaleza que existe es no ser odiado por el pueblo [*odiato da' populi*]: porque aunque tú tengas las fortalezas si el pueblo te odia no te salvan, porque nunca le faltan a los pueblos, una vez que han tomado las armas, forasteros que los vengan a socorrer (Maquiavelo 2012: 89).

De manera insistente y reiterativa, Maquiavelo advierte que el pueblo puede odiar y generar así una situación peligrosa para el orden del príncipe. Para nuestro argumento es necesario destacar respecto de cómo esta referencia al pueblo está construida en forma de metáfora: la fortaleza militar es el no odio del pueblo. En el argumento maquiaveliano centrado aparentemente en las lógicas militares —las fortalezas y las armas— subyace otro vincula-

¹⁸ El sultán de Egipto, dice Maquiavelo, se parece al pontificado cristiano.

¹⁹ El capítulo termina de la siguiente manera: el príncipe nuevo en un principado nuevo no puede imitar a las acciones de Marco. Tampoco es necesario que siga las de Severo, sino que debe tomar de él aquellas cualidades que son necesarias para fundar su Estado y de Marco las que son convenientes para conservar un Estado que esté ya establecido y firme.

do con los deseos y las pasiones. Este descubrimiento cobra más fuerza cuando en el final del capítulo Maquiavelo concluye, en primera persona [*io lauderò*], que alabará tanto a aquellos que realicen fortalezas como a quienes no, pero censurará a aquellos que ignoren la potencia destructiva que conllevará generar el odio de los pueblos.

En el último capítulo de la obra, la mención de pueblo está en relación con los líderes ya trabajados en la primera parte —Moisés y Ciro— y con Teseo. El autor caracteriza a los pueblos de una manera que parece asemejarse a una materia disponible para que el líder instaure el sentido: el pueblo de Israel se encontraba esclavo, los persas oprimidos y los atenienses dispersos. Los tres pueblos, en este sentido, estaban preparados para que un líder apareciera y los condujera:

Y como dije, si para ver la virtud de Moisés fue necesario que el pueblo de Israel estuviera esclavo [*fussi stiavo*] en Egipto, y para conocer la grandeza de ánimo de Ciro, que los persas estuvieran oprimidos [*fussino oppressati*] bajo los medos, y para ver la excelencia de Teseo, que los atenienses estuvieran dispersos [*fussino dispersi*]... (Maquiavelo 2012: 136).

Maquiavelo dice que estos pueblos, entonces, se encontraban disponibles; es decir, estaban esclavos, oprimidos y dispersos. Parece resultar claro que, en virtud de esta aseveración, estos pueblos se encontraban disponibles para un príncipe que sepa cómo actuar; un príncipe que sea capaz de leer, en ese estado de situación, que esos pueblos no deseaban ser más esclavos, no querían ser oprimidos y no querían estar dispersos. O, para decirlo en lenguaje maquiaveliano, no querían ser dominados.

Ahora que hemos terminado de rastrear todas las referencias en *Il principe*, es posible destacar dos aspectos en el modo en que aparece el pueblo: primero, la singular relación que mantiene el pueblo con el líder y la capacidad que tiene de quitar su apoyo cuando se siente engañado (dedicatoria y capítulos III, VI, VII, IX, XVI, XVII, XX, XXVI); segundo, el deseo del pueblo de no ser oprimido y las pasiones (amor, odio, temor, esperanza) que puede sentir el pueblo con respecto al líder (capítulos III, IX, X, XVII, XIX, XX, XXVI). Terminada esta grilla de resumen de lo estudiado en los capítulos, nos proponemos en lo que se sigue comprender la manera en que aparece la figura popular en la literatura especializada, rastreando si existen

diferentes maneras de entender al pueblo en *Il principe*. Una vez restituidos estos textos, emprendemos el reto de comprender qué tipo de pueblo se juega en la obra en cuestión, lo que integra las formas o tipos de referencias que hemos mencionado.

III. El pueblo disputado en la teoría política

Para continuar con el trabajo de análisis de la presencia del pueblo en la obra, las páginas que siguen intentarán abordar una determinada literatura especializada que ha problematizado o se ha esforzado por restituir la presencia del pueblo —ya sea de modo directo o desde una forma lateral— en un libro que, a primera vista, parece estar dedicado a los príncipes y a la fundación de un principado.

Es posible agrupar las lecturas disponibles en tres tipos²⁰. El primer tipo, en términos generales, afirma que el pueblo es, por un lado, un instru-

²⁰ Vale mencionar aquí que hemos quitado del análisis la obra de Antonio Gramsci (1975; 1997) por un lado y la de Louis Althusser (2008; 2004a; 2004b) por otro. En relación con la obra de Gramsci que, en un sentido particular, se pregunta por el pueblo en Maquiavelo decidimos dejarla de lado en esta investigación, por más que en varias oportunidades la referimos. Lo hicimos por dos razones, la primera, tematizar el trabajo de Gramsci implica adentrarnos al debate de éste con el marxismo italiano, lo cual acabaría por exceder los interrogantes de esta investigación. La segunda, porque para explorar cómo es la presencia del pueblo en Maquiavelo según la lectura de Gramsci es necesario, como señala Fabio Frosini, realizar un recorrido de la trayectoria político-intelectual del segundo y observar cómo fue variando su lectura de la obra del florentino. Las fuentes secundarias más relevantes son la siguientes: Portantiero (2000, 1981), Frosini (2010, 2014), Lallef Ilieff (2015).

Con respecto a Louis Althusser (2004b, 2008), su acercamiento a la obra de Maquiavelo, fue a partir de la década de 1960 —y con mayor intensidad a partir de los años ‘70— cuando le dedicó un curso que sirvió de fuente de inspiración para el posterior libro *Machiavel e nous* y la conferencia “*La solitudine di Machiavel*”. Decidimos remitirnos a la obra cuando nos dedicamos a los líderes pero no así al pueblo, porque estimamos que sus interrogantes están centrados, en términos generales, sobre la práctica política que un líder maquiaveliano puede vislumbrar. Sobre este punto, en el artículo “La compañía de los sofistas. Maquiavelo objeto de Althusser”, Cecilia Abdo Ferez argumenta que el Maquiavelo de Althusser desembaraza la acción política de la teoría clásica, esto es, “...des-anclarla de estos parámetros, emanciparla, recuperarla como acción sin más. Para esto, hay que des-educar al príncipe que se invoca, al príncipe nuevo en un principado nuevo. Hay que extirparle aquella cosmovisión que impide la acción, que impide la

mento del líder, esto es —y no es otra cosa que— la masa voluble, ignorante y manipulable y, por otro lado, una masa pasiva que necesita ser salvada por un príncipe redentor²¹. El segundo tipo comprende aquellas lecturas que, más allá de las diferencias, restituyen un protagonismo del pueblo en la relación con los líderes²². Por último, un tercer tipo, aunque no antagónico con el segundo, advierte la presencia del pueblo a través de la reposición de una reversibilidad entre el pueblo y el príncipe²³.

De la innumerable cantidad de comentaristas que puede ser agrupada en esta grilla que construimos, hemos seleccionado para analizar aquellos autores que consideramos son los más representativos de cada tipo. Para el primero, nos centraremos en los trabajos de Frédéric Chabod, James Burnham y Ernst Cassirer por las siguientes razones: primero, Chabod (1958) es el principal referente de la historiografía italiana dedicada al pensamiento de Maquiavelo; segundo, Burnham (1986), en su libro *The Machiavellians: Defenders of Freedom*, ha vinculado el pensamiento de Maquiavelo con los trabajos de los representantes de las élites (Gaetano Mosca, Robert Michel y Vilfredo Pareto); tercero, Cassirer (1975) es uno de los primeros autores que observa en el pensamiento de Maquiavelo la postura de un científico, una especie de “Galileo de la política”. En relación al segundo tipo, hemos decidido analizar los trabajos de Albert Ascoli (2013), Nathan Tarcov (2007), Paul Rahe (2009) y John McCormick (2011) porque resultan ser unos recientes esfuerzos dentro del campo especializado para visibilizar la presencia del pueblo en la obra, especialmente los dos últimos autores, quienes consi-

imitación de la acción: hay que desarraigarlo de la educación religiosa, que es la forma actual de sentido común en que devino la teoría antigua, en tiempos de Maquiavelo, como dice en el proemio inicial a los *Discursos*” (Abdo Ferez 2013:11). La literatura secundaria al respecto: López (2009), Funes (2004), de Ípola (2007), Vatter (2004).

²¹ En este grupo, más allá de sus diferencias y tradiciones de pensamiento, podemos incluir a los siguientes autores: Meinecke (1959), Burnham (1986), Dotti (1979), Cassirer (1975), Chabod (1958), Renaudet (1942), Olschik (1945), Butterfield (1962), Renzo (1959). Cabe destacar que en este grupo también pueden incluirse aquellos trabajos que asocian la literatura de Maquiavelo a la práctica empresarial y al marketing. Al respecto: Harris (2010).

²² En este grupo podemos incluir, sin dejar de reconocer sus diferencias internas a: Ascoli (2013), Benner (2009), Gramsci (1975), McCormick (2011), Rahe (2009), Tarcov (2007), Rinesi (2003).

²³ Merleau-Ponty (2010), Lefort (2008), Visentin (2013), Althusser (2004), Torres (2013), Funes (2004), Eiff (2013).

deran a Maquiavelo como el representante del “giro populista”. Por último, en el tercer grupo hemos seleccionado a Maurice Merleau-Ponty y Claude Lefort por dos razones: por un lado, la monumental obra de Lefort (2008) dedicada a Maquiavelo es una de las más importantes dentro del campo de estudio; por otro, el breve texto de Merleau-Ponty (2010) resultó ser, en su momento, innovador frente a aquellas lecturas predominantes de la época que circunscribían al pensamiento de Maquiavelo como el pensador de la ciencia política o el representante del nacionalismo.

A continuación abordaremos estas tres maneras de comprender el pueblo en esta obra, ya que, a través de este trabajo, podremos posteriormente vislumbrar de un modo más complejo y acabado qué nos está diciendo Maquiavelo cuando habla del pueblo. Una vez restituido este triple esfuerzo, nos abocaremos a nuestra propia lectura del pueblo.

III.1. El pueblo manipulado

A continuación, examinaremos rápidamente las lecturas que Frédéric Chabod, James Burnham y Ernst Cassirer hacen de *Il principe*, para ver la manera en que restituyen la figura del pueblo. La elección de estos autores no es azarosa. Aunque son enfoques interpretativos disímiles, estas lecturas evidencian de una manera más representativa una forma de comprender al pueblo en la obra.

En el ensayo preliminar que precede a *Il principe* de la edición de Utet en 1924, y republicada por Einaudi en 1961, Chabod realiza un tratamiento del pueblo vinculado a la existencia de un príncipe de excepcional virtud que es el protagonista y el que articula los sucesos relatados en el pequeño texto. Esto se evidencia con mayor claridad en *Machiavelli and Renaissance* donde se observa el modo en que Chabod enfatiza —y con esto, continúa la línea de la tradición historiográfica italiana que comprende la obra del florentino en sintonía con la situación particular del siglo XVI— la presencia de un pueblo fraccionado y disperso en la obra de Maquiavelo. Un pueblo que se encuentra a la espera de la figura de un príncipe, una especie de salvador político que brinda la coherencia necesaria en un mundo nuevo y es capaz de integrar a los hombres del pueblo. En este sentido, la obra de Maquiavelo, según Chabod, se remitía —y se inspiraba— en la desintegración de la vida social, la falta de una organización gremial en un mundo

incipientemente capitalista, el eminente contraste entre una organización feudal que disminuye su presencia en las zonas rurales y una organización urbana más efervescente. En este escenario, Chabod rescata de Maquiavelo la presencia de un príncipe que ordena y justifica su dominio para transformarse en sinónimo del Estado. Esta manera de acercarse a la obra y comprenderla implica una determinada lectura de la figura del pueblo. La figura del pueblo, según la lectura de Chabod, cobra sentido a través del líder, porque él es el que establece su orden y se sirve de sus súbditos para la duración de su *stato*. Es más, de esta lectura parecería deducirse que el pueblo es una materia disponible y pasiva para que el líder le ponga su sentido.

Desde otra perspectiva, más cercana a la teoría de las élites, Burnham también analiza la obra pero, a diferencia de Chabod, realiza un tratamiento específico de la figura del pueblo. Antes de explicitar esto, es necesario destacar que, según Burnham, los objetivos de la obra de Maquiavelo son: pensar sobre la lucha del poder como tema de saber político, la contraposición entre élite y no-élite y la irracionalidad de las acciones lógicas en política. Burnham realiza un rescate de “el hombre político” en Maquiavelo, alejándose, así, de cualquier análisis sobre la naturaleza humana. Efectivamente, lo que a él le interesa del hombre maquiaveliano es su relación con el poder, en el sentido más radical del término, pues es a partir de aquí donde podrá diferenciar entre hombre político “tipo gobernante” y “tipo gobernado”. Entre los primeros, se encuentran aquellos que ocupan los espacios más relevantes del ámbito social y entre los segundos, aquellos que no gobiernan ni son capaces de gobernar, es decir, la mayoría:

De todos modos, resulta claro que Maquiavelo —y todos los que escriben siguiendo su tradición— piensa que esta distinción refleja un hecho básico de la vida política, a saber, que la lucha política activa está circunscripta en su mayor parte a pequeñas minorías de hombres, y que los miembros de la mayoría son y seguirán siendo, suceda lo que suceda, gobernados (Burnham 1986: 60).

Burnham asume que Maquiavelo toma la perspectiva de análisis de las élites y esa elección es la que le permite entender el lazo político entre élite y pueblo. La elección de los capítulos para justificar su argumentación no es casual: Burnham se vale de los capítulos XIX y XVII del libro para contrastar el rescate de una autoridad política frente a un pueblo caprichoso

e inconstante²⁴. En síntesis, en el análisis que realiza Burhman, el pueblo siempre figura en un lugar subsidiario respecto del príncipe. Se encuentra caracterizado como una materia a ser manipulable por la inteligencia —de la que él carece— de un líder.

En *El mito del Estado* Ernst Cassirer (1975) ubica a Maquiavelo, desde una perspectiva realista, como el científico social quien en *Il principe* “describe, con una total indiferencia los modos y maneras por los cuales hay que alcanzar y mantener el poder político” (Cassirer 1975: 168). Según Cassirer, el objetivo de Maquiavelo en *Il principe* es poder ilustrar, desde un punto científico, cómo construir, consolidar y defender un orden político bajo una fina técnica de dominio. Es más, para Cassirer Maquiavelo estudió las acciones políticas de la misma manera como el químico analiza las actividades químicas. *Il principe*, en definitiva, es un libro que, por un lado, trata de advertir los peligros que pueden dañar a las diferentes formas de gobierno y que, por otro, indica a sus gobernantes qué es lo que deben hacer para establecer su poder. A partir de estas premisas que estructuran su propia lectura de la obra, la presencia del pueblo se halla dentro de los ardides y estratagemas de los líderes políticos. Para Cassirer, el pueblo está descompuesto en los hombres que componen aquella comunidad que el príncipe debe gobernar, hombres malos y perversos por naturaleza. Frente al estado de situación, “el jefe de Estado” debe emplear tanto las leyes como la fuerza porque “hasta los santos, los profetas religiosos, han actuado de acuerdo con este principio en cuanto se han convertido en jefes de estados” (Cassirer 1975: 177). El pueblo presente en el *Il principe*, en este sentido, resulta conceptualizado como aquello que debe ser contenido si atenta con el orden de los gobernantes. Por ello el *Il principe* es entendido como un libro técnico que, según Cassirer, jamás describe las conductas éticas del pueblo. El pueblo, más bien, se atiende en términos de utilidad para el gobernante, esto es, si es funcional o no para su propio orden²⁵.

²⁴ El autor cita la referencia que ya hemos trabajado respecto de los hombres ingratos y volubles en el capítulo XVII y *Discorsi* I.53 donde aparece un pueblo que resulta “engañado por una falsa apariencia de bien, desea muchas veces su propia ruina, y si alguno en quien el pueblo tenga confianza no le persuade, demostrándole que eso es un mal y dónde está el auténtico bien, traerá sobre la república infinitos peligros y daños” (Maquiavelo 2000: 162).

²⁵ En una conferencia anterior, menos conocida de 1916, Cassirer destaca la base del realismo político maquiaveliano donde “todos los medios eran legales” y “toda ley esté determinada por el poder y no a la inversa”. Al respecto, dirigirse al estudio de Favuzzi (2011).

Por lo expuesto hasta ahora, estos trabajos resultan útiles para detectar que si bien hay una presencia del pueblo en la obra en cuestión esta es supeditada a la existencia de salvadores principescos o gobernantes con un saber técnico. Desde una perspectiva historiográfica, para Chabod el pueblo es la reposición de la unidad de lo disperso a través de un príncipe. Desde una óptica cercana a las teorías de las élites, Burhman afirma que el pueblo maquiaveliano, caprichoso e inconstante, necesita una autoridad que se imponga para establecer un orden y lo manipule. Por último, desde una lectura realista, Cassirer lee al pueblo maquiaveliano en términos de utilidad para el príncipe.

III.2. El pueblo activo

En este segundo grupo de lecturas, hemos agrupado los recientes trabajos provenientes de estudiosos estadounidenses —Albert Ascoli, Nathan Tarcov, Paul Rahe y John McCormick— a los efectos de iluminar otras maneras de pensar el pueblo. Los trabajos de Ascoli, Tarcov y, especialmente, de McCormick y Rahe resultan ser un esfuerzo por reponer al pueblo en un libro aparentemente dedicado solo a los príncipes y a los líderes a través de diferentes interrogantes o premisas: la opinión (Ascoli), la libertad (Tarcov) y lo populista (McCormick y Rahe).

Para Ascoli (2013) se puede encontrar el tratamiento que realiza Maquiavelo del pueblo a través de dos movimientos constantes y simultáneos. Primero, Maquiavelo coloca al pueblo en una relación simbiótica y jerárquica con el príncipe para oponerse a los grandes. En la dedicatoria a Lorenzo de Medici, el juego de miradas entre el príncipe y el pueblo muestra, según Ascoli, una relación singular entre ambos y en la que el mismo Maquiavelo clama ser parte. La importancia de ese vínculo presente en la dedicatoria será tematizado, con mayor profundidad, en el capítulo IX cuando Maquiavelo sugiere que es mucho más seguro para el príncipe aliarse con el pueblo que con los grandes al poseer estos últimos una evidente pretensión de dominio. A partir de aquí es donde se habilita el segundo movimiento: Maquiavelo se representa a sí mismo, de manera alusiva y no evidente, como el príncipe popular que guía las “opiniones” del pueblo. En el rastreo que realiza Ascoli del texto —se concentra, primordialmente, en la dedicatoria y en los capítulos XIV y XIX—, Maquiavelo, entonces, realiza un desplaza-

miento hasta emparentar su propia voz con la “*vox populi*”. En resumen, para Ascoli “*Il principe* ofrece preceptos para el arte de la dominación, excluyendo cualquier consideración seria de una alternativa republicana, pero propone una simbiosis, por una parte, entre el “pueblo” y el “Príncipe” (aliado contra su enemigo común, los grandes)” (Ascoli 2013: 19) y, por otra, entre Maquiavelo como el portavoz del pueblo y un príncipe que será guiado por las opiniones de él mismo.

En el caso del trabajo de Tarcov se analiza la presencia del pueblo relacionándolo con el tema de la libertad, concepto más asociado a los *Discorsi* que a la obra en cuestión. *Il principe* no es un libro dedicado a los príncipes y a las fundaciones de los principados. Más bien, este libro se trata de un continuo entrelazamiento de conceptos que exceden el de las fundaciones, a saber: qué es la libertad, la presencia del pueblo y los tipos de libertad. Antes de comenzar a analizar el pueblo en la obra, Tarcov (2007) reconoce que existen contradicciones en el discurso: Maquiavelo dice que no hablará de repúblicas porque lo ha realizado en otro lugar, pero luego menciona a la república romana y luego habla de los príncipes y de cuál es su naturaleza. Maquiavelo, según Tarcov, apela a las prácticas de la república romana para tomar modelos de lo que todos los príncipes sabios deben hacer. Uno de los ejemplos del príncipe fundador de “nuevos modos y órdenes” es Rómulo, elogiado en los *Discorsi* como fundador de leyes que favorecieron la vida civil y presente en *Il principe* como el ejemplo de héroe fundador. Es a partir de estos cruces y contradicciones en el discurso en los cuales Tarcov pretende demostrar la manera en que se halla el interrogante de la libertad ligado a la presencia del pueblo en la obra: *Il principe* es un libro dedicado a los príncipes mientras que sutilmente fomenta las políticas republicanas para sus pueblos. El nuevo republicanismo de Maquiavelo presente en esta obra está basado en una idea de libertad política aliada a un concepto más amplio de libertad humana como la capacidad del pueblo de librarse de la tendencia de ser esclavos.

Por otra parte, en el libro *Against Throne and Altar: Machiavelli and Political Theory* Rahe considera que el principal aporte de Maquiavelo para la teoría política moderna fue generar un “giro populista” (Rahe 2009). Para lo que nos interesa aquí, la lectura de Rahe en torno a la figura del pueblo en *Il principe* se centra en la cuestión de los “apetitos”. No es posible comprender la obra de Maquiavelo —y muy especialmente las implicancias de su “giro populista”— si no se toma en consideración la “preeminencia innegable de los apetitos” que poseen el pueblo y los grandes.

Mientras que la característica fundamental que Maquiavelo, según Rahe, le otorga al pueblo es “el deseo de no ser oprimido” —como figura en el capítulo IX de *Il principe*—, la de los grandes es del deseo de dominar. Esta diferencia es una distinción de apetitos que debe ser entendida a partir de lo que Rahe denomina “la diferencia de grado”: mientras que los grandes poseen un “apetito de adquisición”, el “deseo de no ser oprimido” del pueblo está vinculado con el “temor de perder aquello que ha adquirido”. En este sentido, la diferencia de grado consistiría en concebir el deseo de no ser oprimido como un apetito menor, más tímido y menos audaz, que el deseo de dominar de los grandes. Es más, Rahe agrega que el pueblo puede ser visto como una “multitud de intereses materiales privados”, esto es, de hombres ingratos, deseosos de beneficio, que solo se satisfacen cuando preservan aquello que han ganado porque, recuerda Rahe, el miedo a perderlo es más grande que el deseo de adquisición. Por último, otro aspecto a destacar del argumento de Rahe es su lectura del pueblo en relación con el príncipe. La diferencia entre ambos no se sostiene porque uno posee una bondad intrínseca (pueblo) y el otro una maldad (príncipe). La distinción está dada, nuevamente, a través de la manifestación de los apetitos. En el caso del pueblo, es el temor, manifestado en forma de respeto hacia el príncipe, lo que induce al pueblo a obedecer los mandatos de la ley. En resumen, el pueblo de Maquiavelo según Rahe parece estar conformado por intereses materiales privados animados por el miedo a la pérdida.

Los trabajos de McCormick, asimismo, pueden ser comprendidos dentro del llamado “giro populista de Maquiavelo²⁶” pero desde otro sentido. En términos generales, en la lectura de McCormick hay una preocupación por la figura del pueblo en *Il principe*. Esta se asienta en dos grandes pilares. El primero, en sus ataques a la tradición neo republicana por leer de manera conservadora las instituciones presentes en la obra de Maquiavelo (McCormick 2003). Esto significa que al hacer de Maquiavelo un defensor del *vivere civile*, Philip Pettit (1997) y Maurizio Viroli (1999) olvidan el poder popular en el que está asentado la noción de república maquiaveliana. El segundo, en reponer a través del pensamiento del florentino un concepto de democracia. Por más que en el reciente libro titulado *Machiavellian*

²⁶ Vale la pena mencionar aquí el sentido polisémico que tiene la noción de populismo que incluye desde el participacionismo rousseauiano-arendtiano criticado por Pettit, hasta una caracterización sociológico-discursiva de las experiencias políticas latinoamericanas. Al respecto, véase Aboy Carlés (2012).

democracy, McComirck (2011) se centra específicamente en los *Discorsi* para pensar la importancia de la participación popular, también encuentra elementos en *Il principe* que permiten problematizar el tema, lo cual podríamos resumir en cuatro puntos. Primero, McCormick encuentra en los ejemplos de César Borgia, Agatócles y Aníbal el modo en que el pueblo perdona al príncipe cualidades negativas, como la crueldad, si contribuyen a su bienestar. Segundo, el príncipe vive una íntima proximidad con el pueblo que posee las armas y que conoce respecto de cómo se deben usar. Tercero, McCormick resalta aquello que está en el capítulo IX, a saber: el príncipe debe basar su poder en el pueblo y no en los grandes. Toda política está compuesta por dos humores: el apetito opresivo de los grandes que buscan dominar al pueblo y el apetito de resistir, característico del pueblo que no desea ser oprimido por los grandes. El pueblo, sin embargo, se apoyará en el príncipe, siempre y cuando lo proteja de los grandes. Cuarto, el deseo de los grandes es insaciable y el del pueblo es más decente [*onestà*] desde el momento en que no quiere ser oprimido. A partir de estos cuatro puntos que hemos rastreado, McCormick parece justificar la presencia del pueblo en una obra dedicada, aparentemente, solo a los príncipes. En suma, en la lectura que tiene del pueblo, McCormick observa siempre un pueblo activo ya sea bajo la forma de resistencia a la opresión, ya sea bajo la posesión de las armas o ya sea bajo la demanda de protección.

En los recientes trabajos de estos autores, hemos destacado el modo en que se concentran en la figura del pueblo en un libro que, generalmente, es abordado por los estudiosos a través de la presencia de los príncipes y de los condotieros. En las lecturas de estos cuatro autores pudimos observar respecto de cómo se visibiliza el pueblo, recordemos: las opiniones (Ascoli), la libertad (Tarcov) y lo populista (Rahe, McCormick). Resta ahora abordar el último tipo de lecturas de la grilla que hemos construido.

III.3. El pueblo y la incertidumbre

En esta nueva sección, restituiremos brevemente las obras de Maurice Merleau-Ponty y Claude Lefort a efectos de analizar cómo se problematiza el pueblo en *Il principe*, en lo que hemos identificado como un tercer tipo posible de lecturas, aquellas que advierten la presencia del pueblo a través de la reposición de una reversibilidad entre el pueblo y el príncipe.

Los trabajos que Merleau-Ponty le dedica a Maquiavelo son dos. Primero, el texto “*Note sur Machiavel*” expuesto en el Congreso de Humanismo y Ciencia de 1949 en Roma y en Firenze y publicado el mismo año en *Les Temps modernes* y, segundo, bajo el título *Machiavélisme et Humanisme*, Merleau-Ponty presenta otro texto en el *I Convegno Internazionale di Studi Umanistici*, en 1950.

En esta lectura que realiza Merleau-Ponty de *Il principe* podemos hallar un particular tratamiento del pueblo y una interrogación sobre el estatuto del poder a través de tres aspectos. Primero, Merleau-Ponty se centra en el conflicto entre los hombres presente en la obra de Maquiavelo; más precisamente entre el pueblo, los grandes y el príncipe. Pero este conflicto, a su vez, ya implica un vivir-en-común regido por la pluralidad. Segundo, en el conflicto entre el príncipe y el pueblo prevalece una comunión que se genera entre ambos, esto es, una búsqueda de reconocimiento mutuo: la *virtù* del príncipe siempre tiene que ver con otros, solo puede realizarse a través de aquellos a los que se afecta con dicha acción, es decir, el pueblo y los grandes. Al poner el conflicto y la lucha en los orígenes del poder, el Maquiavelo de Merleau-Ponty no demostró que el acuerdo fuera imposible, quiso, más bien, iluminar las condiciones de un poder que no fuera mistificador. Este razonamiento conduce a Merleau-Ponty a interrogar cómo es el poder del príncipe y la manera en que se vincula con el pueblo. Ese poder no posee un fundamento trascendente, está siempre en disputa entre los grandes y el pueblo y se muestra, en efecto, desnudo, frágil, discutible y, sobre todo, afirmado en la incertidumbre. Si el poder del príncipe no tiene una referencia trascendente es porque tiene que ver con ciertas pasiones que el pueblo siente por él. Tercero, Maquiavelo, según la hermenéutica de Merleau-Ponty, fue capaz de detectar que no existe una esencia de las cosas políticas, sino que, por el contrario, la verdad en política está vinculada con el reino de las apariencias: “El poder lleva a su alrededor un halo, y desgracia —como la del pueblo que tampoco se conoce—, es la de no ver la imagen de sí mismo que ofrece a los demás” (Merleau-Ponty 2010: 1374). Al igual que en el juego de las miradas, vemos pero a la vez somos vistos. Y, del mismo modo en que el ojo no es capaz de verse a sí mismo viendo, nunca podremos vernos a nosotros mismos sino a través de la mirada de los otros. En esta manera de pensar las relaciones entre los hombres, Merleau-Ponty percibe el modo en que se construye el pueblo y el príncipe, a saber, a través de un juego de miradas. El príncipe construye su imagen en torno a la mirada del pueblo, y este a través de la mirada de príncipe.

Con estas tres consideraciones el Maquiavelo de Merleau-Ponty se aleja de cualquier calificación de científico de lo político que sentencia de manera taxativa leyes generales. Todo lo contrario: su obra es, en sí misma, “advenimiento” [*avènement*] que inaugura un modo de pensar las relaciones entre los hombres:

...cuando la víctima confiesa que está vencida, el hombre cruel siente latir en esas palabras otra vida, se encuentra frente a otro yo. Estamos lejos de las relaciones de pura fuerza que existen entre los objetos. Para emplear las palabras de Maquiavelo, hemos pasado exactamente de los ‘animales al hombre (Merleau-Ponty 1969: 266).

Claude Lefort ha analizado exhaustivamente la obra maquiaveliana (1988; 2007; 2008; 2010). Aunque la obra lefortiana merece un estudio en sí misma, nos atrevemos a abordarla solo en forma de clave, esto es, su lectura del pueblo en *Il principe*. En el recorrido que Lefort realiza de la obra de Maquiavelo, percibimos la particular atención que recibe el capítulo IX. Según el autor, se muestra un quiebre en el desarrollo del discurso, pues ahí se vislumbra el pueblo en oposición a los grandes. Lo que hace que el pueblo sea pueblo no es que tenga un estatuto particular asociado a ciertas costumbres, o un interés particular sino que —Maquiavelo lo dice sin rodeos— el pueblo desea no ser mandado y oprimido. A su vez, su propia existencia solo está condicionada por una relación: un choque contra otro deseo y apetito que es, en efecto, el humor de dominar por parte de los grandes.

En el acto de fundación principesca subyace este conflicto entre estos dos humores —el deseo de dominar y el deseo de no ser oprimido—. No hay, por lo tanto, una solución definitiva para éste, dado que se trata de un desacuerdo que va más allá de intereses materiales. Un conflicto de este orden supone una división que está inscripta en la naturaleza misma de lo social. Frente a este conflicto, universal e inevitable, solo se puede fundar un principado mediante el apoyo de una de las clases en disputa. Y dado que los nobles se consideran iguales al príncipe (lo ven como un semejante) éste nunca podría elevar su imagen por sobre ellos. El príncipe, entonces, debe buscar el apoyo de la mano del pueblo. El pueblo, por otro lado, necesita del príncipe, pues es él el que pone freno a las pasiones desmedidas de dominio de la nobleza. Esa grieta imposible de suturar entre la nobleza y el pueblo se reemplazará mediante la institución del príncipe, haciendo de éste el punto

de imputación de obediencia. ¿Pero cómo se logra esta institución? Lefort advierte que esto es posible a través de la proyección que realiza el príncipe de su imagen por encima de él mismo y del conflicto entre los humores. Ahora bien, ¿en qué consiste esa imagen? La imagen del príncipe se constituye a través de la credulidad del pueblo. Con la frase de Maquiavelo del capítulo XVIII que dice “el que engañe dará con el que se deje engañar” (Maquiavelo 1971: 55)²⁷, Lefort subraya la complicidad del pueblo con el príncipe, advirtiendo así un intercambio entre ambos. El príncipe debe, en este sentido, buscar un fundamento en el pueblo porque el suelo donde se asienta su autoridad, formado por el circuito de estos deseos, es movedizo. El príncipe, entonces, busca un punto de apoyo para su propia experiencia. Una experiencia que, asevera Lefort, está inscrita en un vacío que prevalece siempre y que ninguna política puede colmar, el de la imposibilidad del Estado de reducir a la sociedad a una unidad que, de por sí, siempre está desgarrada.

Si Lefort admite que el príncipe busca un sostén, por más indirecto que sea, con el pueblo, es necesario comprender en qué consiste la naturaleza de aquel vínculo político. Habíamos visto que la oposición entre los grandes y el pueblo implica, en efecto, una contraposición entre deseos: unos quieren mandar para satisfacer sus apetitos; los otros no quieren ser oprimidos. También hemos observado que el príncipe se encuentra en esta disyuntiva cuando decide buscar apoyo. Si se apoya en quienes mandan, su autoridad se verá amenazada. Los grandes solo reconocen el poder del príncipe porque le tienen miedo al pueblo y por ser considerados en su estatuto de opresores. Mientras que si se apoya en el pueblo, el príncipe no recibirá ninguna resistencia, siempre y cuando logre, con su acción contra los grandes, impedir que el pueblo sea oprimido y responder a las expectativas populares. Como el pueblo solo desea no ser oprimido por los grandes, la amistad con él es fácil de conservar. Además, la violencia y la opresión que puede ejercer el príncipe sobre el pueblo son de un orden diferente a las que ejercen los grandes. En la relación que existe entre el pueblo y los grandes, el primero se percibe como objeto inmediato del deseo de los segundos. El príncipe, por el contrario, no se encuentra presente en esa relación y con su existencia limita el deseo de dominar de los grandes. La liberación que logra el príncipe, insinúa Lefort, está dada por la protección que obtienen de él sus súbditos.

²⁷ Traducción propia.

tos. Al respecto: “El pueblo puede someterse a su autoridad, pues su objetivo no es mandar sino solamente no ser mandado. Rechazo que funda el consentimiento a un nuevo mandato cuyo primer efecto visible es sustraerle a la presión permanente que le tiene prisionero” (Lefort 2010: 213). La comunión de amistad entre el pueblo y el príncipe, de honestidad y fidelidad, solo se puede lograr si un poder asegura la protección contra la opresión de los grandes. Es decir, cuando el deseo de no ser oprimido —que es un poder en forma de negación (un no-poder)— choca con un tercero, el príncipe, que lo inscribe en la realidad del orden político. En esa inscripción la cifra se encuentra, cerca de sonar reiterativos, en los deseos:

Esta verdad que solo es sensible para aquel que percibe más allá de los datos inmediatos de la conducta los móviles a los que ésta se vincula, para aquel que descifra el deseo, el apetito, la exigencia —términos que Maquiavelo utiliza sucesivamente— con los que el grupo se postula como clase política (Lefort 2010: 215).

Hasta aquí hicimos una breve selección de autores donde pudimos reconstruir las diferentes maneras de ubicar y pensar el pueblo en la obra de Maquiavelo. No obstante, ninguna de las tres lecturas, por las diferentes preocupaciones que las movilizan, ha realizado un estudio sistemático del pueblo. El trabajo de Claude Lefort es el que más ha estudiado al pueblo en la obra, aunque el interrogante que anima toda su lectura sobre Maquiavelo está vinculado con la división social y la figura del pueblo queda analizada bajo esa luz. Resta ahora dirigirnos a nuestra propia lectura del modo en que Maquiavelo piensa el pueblo que completará el rastreo realizado en el punto IV.2.

IV. El pueblo maquiaveliano en *Il principe*

Hasta aquí hemos rastreado las diferentes menciones que realiza Maquiavelo de la figura popular y hemos recorrido la literatura más relevante que se ha enfocado, ya sea de una manera directa, ya sea más lateral, respecto de cómo se piensa al pueblo en la escueta obra. En este nuevo apartado, expondremos nuestra lectura sobre el modo en que Maquiavelo piensa al pueblo. Seguiremos de cerca las menciones que hemos rastreado pero ahora articuladas en torno a determinados ejes que nos permitirán com-

prender el modo en que aparece la figura del pueblo en una obra dedicada a los príncipes y a la fundación de ciudades. Este trabajo implica una tarea en forma de pregunta: ¿qué está diciendo Maquiavelo cuando habla del pueblo? Para responderla, como decíamos, profundizaremos la idea pueblo a partir de determinados ejes que se desprenden del tratamiento de dichas menciones: primero, la relación entre líder y pueblo; segundo, las pasiones y los deseos del pueblo. Es a través de estos puntos que podremos iluminar y aprehender la densidad del pueblo en la obra, pero también desenredar el artificio maquiaveliano que habita en la práctica de su escritura.

IV.1. El pueblo y su relación con el príncipe

Para ver el primer punto de este nuevo apartado, es necesario volver a la dedicatoria del libro y a los capítulos III, VI, IX, XVII, XX y XXVI que ilustran, de distintas maneras, un tratamiento del pueblo a través de la relación que mantiene con el príncipe. Como hemos señalado al comienzo de nuestro artículo, en la dedicatoria del libro hay una primera pista para comprender la presencia del pueblo y su relación con el príncipe. Maquiavelo dice que para conocer la naturaleza del pueblo es necesario ser [*essere*] príncipe y que para conocer [*conoscere*] la del príncipe es necesario ser pueblo. En esta aseveración se pone en juego, como hemos dicho en el apartado IV.1, la pareja espacial alto-bajo: para observar la cima es necesario estar en la base y para observar la base es necesario estar en la cima. La pareja alto-bajo parece habilitar, en este sentido, un intercambio de aquellas miradas que se producen desde el suelo y desde la cima. Un intercambio de perspectivas que, a su vez, parece demostrar que la relación entre el líder y el pueblo no es lineal ni unidireccional: hay un cruce de perspectivas en las maneras de percibir el mundo y los actores. Para conocer al príncipe es necesaria la mirada del pueblo y, de igual manera, se puede conocer al pueblo a través de la mirada del príncipe. Es a través de ese cruce donde se ilumina el intercambio entre la figura popular y el líder.

Ahora conviene dirigirnos al capítulo III pues es ahí donde es presentado el vínculo que mantiene el príncipe con el pueblo a través de dos movimientos. Primero, el pueblo permitió la entrada de Luis III a Milán y, a la vez, expulsó a Ludovico Sforza, el moro. Pero luego, cuando las cosas parecían determinadas de esa manera, el gobernador Trivulzio, milanés que co-

mandaba el ejército francés, engañó al pueblo. Esta situación hizo que el pueblo cambiara de actitud y ayudara al moro para que volviera a entrar al territorio. En efecto, el pueblo apoyó a Luis II, pero cuando se sintió engañado [*ingannati*], puso freno a cualquier pretensión de dominio. La relación entre el líder y el pueblo no es estática ni definida de una vez para siempre, ni tampoco hay una idea de dominio que ejerce el líder sobre algo embrutecido y llano. El pueblo, en este sentido, no parece ser una masa pasiva en la cual el príncipe imprime su sentido. El pueblo parece definirse en el *aquí y ahora*, es decir, en el horizonte de la experiencia (que es conflictivo) y desde un registro relacional en el cual va redefiniendo sus acciones. Como en el caso de *Istorie Fiorentine*, en determinados episodios históricos Maquiavelo observa cómo el pueblo, en un acto de apelación a la igualdad y a la comprensión, redefine de manera constante su relación con el líder.

En este sentido, la construcción del pueblo que parece implicar una cuestión relacional vuelve a reponerse en el capítulo dedicado a los príncipes fundadores (IV-XXVI). Ahí observamos, nuevamente, el modo en que el pueblo —de Israel, o el de Persia— es caracterizado como *stiaivo, malcontenti* y que frente a esa situación requirió de un líder. Pero lo más importante de este capítulo es la contradicción en la argumentación, ya que si primero Maquiavelo afirma la existencia de una naturaleza del pueblo [*la natura de' populi*] variable y fácil de persuadir, luego, en el mismo párrafo, se refuta al decir que es difícil sostener esa persuasión. En suma, el pueblo es fácil de persuadir, pero esa persuasión es difícil de sostener; con todo esto, Maquiavelo parece dar cuenta que el pueblo es capaz de despojar de su apoyo al príncipe. Hay una idea de precariedad que prevalece en ese vínculo y que Maquiavelo, cuando se lo lee detenidamente, lo demuestra con las contradicciones de su discurso. Esta idea de precariedad en el lazo político, esta referencia a la capacidad que tiene el pueblo de quitar su apoyo, vuelve a reforzar nuestras primeras intuiciones. Por un lado, el pueblo no es del todo manipulable y, por otro, su acción puede redefinir el lazo que mantiene con el líder.

Como lo deja claro en el capítulo IX, por más que haya siempre *incertidumbre* en el lazo político, es posible pensar una noción de *certidumbre* en la satisfacción del deseo del pueblo de no ser oprimido por los grandes. En el reconocimiento del deseo del otro (pueblo) parece encontrarse la cifra para entender el modo que se presenta el pueblo y su vínculo con el príncipe. Si el pueblo se encuentra satisfecho, puede apoyar al príncipe y garantizarle su lealtad. En relación a la cuestión de la lealtad, recordemos los

capítulos XVII y XX. El pueblo puede ser leal con su príncipe si, por un lado, el líder realiza determinados “castigos ejemplares” (XVII) como lo hizo Borgia con Ramiro d’Orco (VII) y si, por otro, el príncipe le brinda armas y tiene confianza en él (XX). La satisfacción del deseo del pueblo de no ser oprimido y la lealtad que le brinda al príncipe parece generar un circuito de confianza entre ambos: uno satisface el deseo y le da armas, el otro, genera apoyo en forma de lealtad.

IV.2. Las pasiones y deseos del pueblo

En plena sintonía con el eje anterior, el segundo punto que podemos rastrear respecto de cómo aparece la figura del pueblo y cuál es el tratamiento que realiza Maquiavelo tiene que ver con las pasiones. Hemos observado que hay un vínculo entre pueblo y líder y, asimismo, notado que hay una afirmación sobre la naturaleza del pueblo. Pero también las contradicciones que habitan en dicha afirmación. Frente a lo trabajado, surge la siguiente pregunta: ¿cómo se entreteteje dicha relación? El pueblo se vincula con el príncipe, principalmente, a través del deseo de no ser oprimido. En algún sentido, en una especie de estima que puede ser pensada desde la pasión del amor, hasta el temor. A partir de ahora es necesario interrogar qué lugar ocupan las pasiones. Si una de nuestras hipótesis tiene que ver con la reversibilidad de estos actores; en las pasiones que mueven al príncipe algo se genera en el pueblo, ahora nos queda por indagar qué pasiones animan al pueblo.

En *Il principe* están presentes las palabras humores, deseos, deseos de ser [*umori, disedera de essere*]. En el capítulo IX, Maquiavelo se manifiesta respecto de cómo cada ciudad siempre está quebrantada por dos humores [*umori*], a saber: entre el deseo [*disedera*] de dominar y el deseo de no ser oprimido. El pueblo, entonces, tiene un deseo que le es propio: el deseo de no ser oprimido. Es más, recordemos que en el último capítulo del libro, el XXVI, Maquiavelo dice que los pueblos de Israel y de Persia no deseaban ni ser esclavos ni ser oprimidos. Al decir esto, Maquiavelo vuelve a recordarnos que los pueblos no desean ser dominados por los grandes (ya sean los egipcios, ya sean los medos). Si el conflicto es entre grandes y pueblo, ¿cuál es el lugar que ocupa el príncipe en ese conflicto? Como hemos mencionado al principio, las diferentes configuraciones entre estos dos deseos pueden originar un principado que se sostenga a través del apoyo del pueblo o de los

grandes. En el caso del primero, el príncipe puede llegar a poseer un orden más estable. Este tipo de apoyo, asevera Maquiavelo, dura más que el de los grandes. Pero ¿en qué consiste? Maquiavelo solo dice que el pueblo no quiere ser oprimido. A partir del deseo que siente el pueblo por quien ejerce el poder, es posible rastrear un lazo particular que se genera entre ambos. El principado con apoyo popular dura más que aquel sostenido por los grandes, porque estos, al sentirse pares al príncipe, son difíciles de ser dominados.

Además del deseo de no ser oprimido, el pueblo puede sentir odio. En el capítulo X, los hombres del pueblo aparecen adjetivados: “*satisfatti e stupidi*”. Recordemos lo que ya hemos trabajado en el apartado anterior: al ver en el pueblo un odio furibundo por la crueldad desmedida realizada por Ramiro d’Orco, Borgia colgó a su ministro en la plaza para que el apoyo popular perdure. Borgia logró evitar, así, que el pueblo lo odie. Pudo dejarlos satisfechos y estupefactos.

El capítulo XVII es el que abre el espacio para el tema de las pasiones. Maquiavelo dice que los hombres tienen menos escrúpulos en ofender a una persona que se hace amar que a uno que se hace temer porque el amor implica un vínculo de obligación que, por la maldad intrínseca de los hombres, siempre se rompe. El miedo, por el contrario, mantiene la relación. En la tensión que existe, y que Maquiavelo plantea, entre el amor y el temor, hay una claro favorecimiento por el segundo: el príncipe tiene que lograr ser temido e impedir que lo amen y lo odien. Esto podrá lograrse si se abstiene de apoderarse de las cosas de sus ciudadanos y de sus súbditos y de las mujeres de ellos. Y si avanza “contra la sangre de alguno”, que lo haga cuando “haya una justificación conveniente para ello y causa manifiesta [*iustificazione conveniente e causa manifesta*], pero sobre todo que se abstenga de apoderarse de las cosas de otros” (Maquiavelo 2012: 88). “Causa manifiesta”, como señala Lefort, parece dar cuenta de la necesidad de buscar un consenso en el otro: tiene que existir una justificación suficiente y convincente. No de mostrar, así sin más, un poder embrutecido.

El capítulo XIX, también dedicado a las pasiones, Maquiavelo marca un punto fundamental para interrogar cómo se presenta el pueblo. Habíamos dicho que el príncipe debe evitar las cosas que lo vuelvan “odioso o despreciable” [*odioso o contennendo*]. Odioso se vuelve cuando es rapaz y usurpador de las cosas y de las mujeres de los súbditos. Hay que evitarlo para tener a los hombres del pueblo contentos. Despreciado se vuelve cuando es considerado voluble [*vario*], superficial [*superficial*] afeminado [*affeminato*],

pusilánime [*pusillamine*], irresoluto [*irresoluto*]. En suma, evitando el odio y el desprecio se logra tener al pueblo satisfecho [*popolo satisfatto*]. Porque, como se lee en el capítulo XX, no hay mejor fortaleza —como se dio cuenta Borgia— que no ser odiado por el pueblo. En este tratamiento, observamos la importancia que le otorga Maquiavelo al lazo entre el líder-príncipe y el pueblo a través de ciertas pasiones que sienten los hombres del pueblo por el poder: pueden sentir odio y desprecio, y el líder posee el desafío de transmutar esas pasiones.

Siguiendo la misma línea, el príncipe debe eludir el odio a través de satisfacer al pueblo [*di soddisfare al popolo*]. Al hacerlo el líder evita cualquier deseo de conjura y estimula la benevolencia popular [*benivolenzia popolare*] inhabilitando su fuerza temeraria. Pero esa benevolencia no es estupidez. Hay que recordar que una vez asesinado Bentivoglio por los Canneschi, el pueblo, negando esa benevolencia, se levantó para vengar la acción cometida por los Canneschi. Luego, Maquiavelo menciona lo oportuno que es la existencia de un juez que castigue a los grandes y favorezca a los menores. Nuevamente, hay una mención a la idea de favorecer al pueblo ligada con el sentido de la satisfacción que se logra con contener, por un lado, la ambición [*ambizione*] de los poderosos y su insolencia [*insolenzia*] y, por el otro, limitar el odio del pueblo contra los grandes que se funda sobre el miedo. La presencia del juez ayuda al príncipe a que no haga las cosas que le generen lastre y sí las que le proveen gratitud. Lo que debe hacer el príncipe es, en definitiva, estimar [*stimare*] a los grandes pero no hacerse odiar [*fare odiare*] por el pueblo. Es más, el príncipe debe hacer las cosas que provoquen la gratitud del pueblo y aquellas que la dañen las deben hacer otros.

En este capítulo, Maquiavelo realiza muchos desplazamientos. Primero había hablado del odio que tiene el pueblo por los grandes y luego le agrega su carácter insolente, característica que previamente le había asignado a los grandes. Luego, agrega que el pueblo amaba la quietud [*amavano la quiete*] y los soldados querían que el príncipe fuera insolente, cruel y rapaz. Los emperadores romanos debían elegir entre estos dos diversos humores [*dua diversi umori*]. El problema estaba cuando deseaban satisfacer a los soldados y no consideraban la injuria que cometían contra el pueblo. Y es ahí cuando se reitera: los líderes políticos deben esforzarse por no ser odiados por todo el pueblo, como hizo Severo que se volvió tan admirable tanto por los soldados como por el pueblo. Era necesario dejar a los hombres del pueblo reverentes y satisfechos [*reverenti e satisfatti*].

Hasta aquí observamos un evidente predominio de la pasión del odio en el pueblo. No obstante, en el capítulo XX hay una consideración sobre el pueblo en torno al amor. El acto de amar ayuda a que los hombres del pueblo se vuelvan fieles [*fedeli*] pues ese sentimiento genera un halo de confianza y se convierten en partisanos de los propios príncipes. La referencia del amor presente en el lazo pasional entre el príncipe y el pueblo nos llama la atención. Recordemos que, en el capítulo XVII, Maquiavelo había advertido que el vínculo puede sostenerse si el príncipe genera temor. Todo lo contrario ocurre si el vínculo se mantiene a través del amor: el lazo deviene mucho más frágil porque, al ser malos los hombres, se rompe con mayor facilidad.

Al visualizar esta contradicción en el discurso —de negar el amor como pasión que ayuda sostener el lazo y, a la vez, celebrar su importancia por la impronta que tiene en forma de gratitud y confianza— nos preguntamos si no aparecen en el texto dos concepciones del amor diferentes: un amor narcisista y, otro que podría ser pensado como un amor de la distancia. En el mito, Narciso se enamora de la imagen de sí mismo y por no lograr ninguna mediación se ahoga en su propia imagen (Graves 2007, Calasso 1991). En *El Banquete* (Platón 2007) el amor se presenta de distinta manera. Hay una escala que va desde amor corpóreo —que es un amor simbiótico— hasta el amor que se acerca a la idea de belleza. En este último amor, los cuerpos se distancian, como si la reflexión —una suerte de “mejor amor”— interpusiese una distancia entre el que ama y lo amado. Al final de *El Banquete*, Alcibíades está enamorado del Sócrates-cuerpo, pero Sócrates que lo ama más —porque conoce la belleza— no quiere poseerlo. El buen amor parece ser un amor de la distancia. De esta manera, cuando Maquiavelo sentencia que es mejor ser temido que amado, creemos que hace referencia a un tipo de amor que hay que evitar: el narcisista, el que anula la distancia y las mediaciones necesarias para que se construya un vínculo político más saludable entre el príncipe y el pueblo. Un vínculo que se construye a través de las miradas de las dos partes (el líder y el pueblo) y que implica, a su vez, una distancia, la que les permite verse y ser vistos. El amor no narcisista es una pasión que permite, entonces, una comunión entre el príncipe y el pueblo que no depende de una fusión amorosa, sino de la mediación de las apariencias.

Por último, es necesario destacar dos aspectos de otra pasión vinculada al accionar del pueblo: la pasión de la esperanza. Por un lado, en el capítulo III, apenas el pueblo se dio cuenta de que su “futuro bien” esperado se

había quebrado (la invasión de los franceses y el engaño de Trivulzio), le puso un freno a las pretensiones de dominio del rey. Por otro lado, en el capítulo X hemos visto que el pueblo no se olvida de su príncipe si éste logra infundir en él la esperanza de que el mal presente no continúe en el futuro. En ambos casos la esperanza es una pasión que aparece asociada a un bienestar que el pueblo espera sentir en un futuro y que contribuye a la construcción de un lazo con el príncipe. Cuando la pasión queda quebrantada, cuando la esperanza de “un futuro bien” no se realiza, el pueblo es capaz de desestimar al príncipe.

Hasta aquí, descubrimos como el elemento pasional no solo da sentido a la relación entre el príncipe y el pueblo, sino que, también, interroga respecto de cómo Maquiavelo piensa al pueblo. Este está atravesado por un deseo principal, el de no ser oprimido, y sus acciones están animadas por cuatro pasiones —el temor, el odio, la esperanza y el amor— que siente por aquel que ejerce el poder. El pueblo puede sentir temor por un príncipe que es capaz de ejercer a la violencia, puede sentir odio si las esperanzas de un futuro bien son quebrantadas y puede sentir amor expresado bajo las formas de benevolencia popular y lealtad. Estas pasiones generan diferentes tipos de lazos entre el príncipe y el pueblo: por un lado, cuando el lazo está basado en el temor, la esperanza y el amor no narcisista, se produce una distancia que implica una unión entre las dos partes; por otro, cuando el vínculo se basa en el odio, el deseo de venganza y en el amor más narcisista, no hay posibilidad de distancia, el pueblo y el príncipe se ahogan en sus imágenes, problematizando la dinámica del orden.

El pueblo maquiaveliano se construye a la largo de relaciones y alejado de determinaciones esencialistas. A partir de todo este primer trabajo, descubrimos el modo en que las pasiones animan las acciones del pueblo y estimamos que ahí se encuentra la pista para seguir reconstruyendo qué nos dice Maquiavelo cuando habla del pueblo.

V. Recapitulación

A través del trabajo realizado pudimos entrever dos movimientos que nos condujeron a sistematizar cómo se configura el pueblo en *Il principe*. Primero, hemos recorrido las distintas menciones que realiza Maquiavelo del pueblo, como *popolo o popolo, uomini, universalità*. A través del recorrido y

seguimiento de la escritura de Maquiavelo, con sus alusiones y desplazamientos, pudimos ver la presencia que tiene el pueblo en un libro que, a simple vista, parece dedicado a los líderes principescos. Una vez realizado esto, y como segundo movimiento, hicimos una revisión de la literatura que ha estudiado al pueblo, ya sea en un rol protagónico ya sea en uno marginal, en el pequeño libro.

Gracias a estos dos movimientos pudimos dirigirnos nuevamente a *Il principe* tratando de desglosar cuál era la enseñanza de esta presencia. Si Maquiavelo no hace ninguna operación de manera aleatoria, si todo tiene un sentido en su estructura, la presencia del pueblo en un libro dedicado al príncipe no es algo menor. En este sentido, a partir del rastreo de la figura del pueblo, del análisis de la literatura, podemos visibilizar dos puntos como conclusiones de este artículo.

Primero, la presencia del pueblo viene a mostrarnos que no se puede afirmar de manera taxativa una dominación embrutecida por parte del líder sobre el pueblo. A través del estudio que realizamos pudimos entrever cómo en determinadas situaciones el pueblo limita el poder del príncipe, exige razones sobre acciones o asume una complicidad en los actos que realiza el líder.

Segundo, no parece haber una idea de la naturaleza humana. Maquiavelo refiere al pueblo a partir de las pasiones que siente éste por el poder que se ejerce. Además, el pueblo está configurado desde un plano relacional. Es decir, no reclama una esencia para sí, sino que se configura de manera relacional, ya sea con el príncipe ya sea con los grandes.

En resumen, y a riesgo de sonar reiterativos, hay una idea de pueblo en la obra que tratamos de reconstruir. Si los hombres, como señala, juzgan por lo que ven y no por lo que tocan, pensar el pueblo en la obra implica ubicar otros elementos pasionales y de deseos —no tan asociados al realismo político o a una técnica de lo político— que, sin importar su necesidad ni su satisfacción se muestran de manera constante.

Bibliografía

- Abdo Ferez, Cecilia (2013) “La compañía de los sofistas. Maquiavelo objetor de Althusser”, en *Colección*, N° 23.
- Aboy Carlés, Gerardo (2012) “El populismo entre la ruptura y la integración”, en *Revista Argentina de Ciencia Política*, N°15, Buenos Aires, Eudeba.
- Althusser, Louis (2004) *Política e historia. De Maquiavelo a Marx*, Madrid, Katz.
- Althusser, Louis (2004b) *Maquiavelo y nosotros*, Madrid, Akal.
- Althusser, Louis (2008) *La soledad de Maquiavelo*, Madrid, Akal.
- Ascoli, Albert Russell (2013) ““Vox Populi”: Machiavelli, and the, from the to the”, en *California Italian Studies*, Vol. 4, N° 2.
- Benner, Erica (2009) *Machiavelli's ethics*, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- Burnham, James (1986) *Los maquiavelistas: defensores de la libertad*, Buenos Aires, Olcese.
- Butterfield, Herbert (1962) *The Statecraft of Machiavelli*, Nueva York, Collier.
- Calasso, Roberto (1991) *Las bodas de Cadmo y Harmonía*, Círculo de Lectores.
- Cassirer, Ernst (1975) *El mito del Estado*, México D.F., Fondo de Cultura Económica
- Chabod, Frédéric (1958) *Machiavelli and the Renaissance*, Cambridge, Harvard University Press.
- de Ípola, Emilio (2007) *Althusser, el infinito adiós*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Dotti, Ugo (1979) *Niccolò Machiavelli: la fenomenología del poder*, Milán, Feltrinelli.
- Eiff, Leonardo (2013) “La historia y la irrupción política del conflicto. Merleau-Ponty y el ‘momento maquiaveliano’”, en *RIHumSo*, 3.
- Favuzzi, Peregrino (2011) “L'ultimo Cassirer: il problema della “svolta”, la fondazione umanistica e l'orizzonte antropologico della filosofia della cultura”, en *Bollettino della Società Filosofica Italiana*, N° 203.
- Fournel, Jean-Louis (2015) *La questione dell'amore nella politica machiavelliana: amore, odio, paura*, en *Machiavelli Cinquecento*, Milán, C. Galli.
- Frosini, Fabio (2010) *La religione dell'uomo moderno. Politica e verità nei Quaderni del carcere di Antonio Gramsci*, Roma, Carocci.
- Frosini, Fabio (2014) “Democracia, mito y religión: el Maquiavelo de Gramsci entre Georges Sorel y Luigi Russo”, en *Cultura Académica*.
- Funes, Ernesto (2004) *La desunión: república y no-dominación en Maquiavelo*, Gorla, Buenos Aires.
- Gilbert, Allan (1938) *Machiavelli's Prince and its Forerunners*, Carolina del Norte, Durham.
- Gramsci, Antonio (1975) *Quaderni del carcere* [Edizione critica dell'Istituto Gramsci], Turín, Einaudi.

- Gramsci, Antonio (1997) *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Graves, Robert (2007) *Los mitos griegos*, Buenos Aires, Alianza.
- Harris, Phil Rees (2010) *Maquiavelo- Marketing & Management*, Buenos Aires, Distal.
- Lallef Illieff, Ricardo (2015) “Herederos de 1848. Un contrapunto en torno al pensamiento político de entreguerras de Antonio Gramsci y Carl Schmitt” (Tesis doctoral en ciencias sociales) Universidad de Buenos Aires.
- Lefort, Claude (1988) “Maquiavelo y los jóvenes”, en Lefort, Claude, *Las formas de la historia. Ensayos de antropología política*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Lefort, Claude (2007) “Maquiavelo y la verità effettuale”, en Claude Lefort, *El arte de escribir y lo político*, Barcelona, Herder.
- Lefort, Claude (2008) *Le travail de l'œuvre Machiavel*, París, Gallimard.
- Lefort, Claude (2010) *Maquiavelo. Lecturas de lo político*, Madrid, Trotta.
- López, Damián (2009) “La soledad de Althusser. La lectura de Maquiavelo como clave de renovación teórica”, en *Sociohistórica* 25, primer semestre.
- Maquiavelo, Nicolás (1971) *Il Principe e Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, Milán, Feltrinelli.
- Machiavelli, Niccolò (2007) *Istorie Fiorentine e altre opere storiche e politiche*, Turín, UTET.
- Maquiavelo, Nicolás (1979) *Cartas privadas de Nicolás Maquiavelo*, Buenos Aires, Eudeba.
- Maquiavelo, Nicolás (2000) *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza.
- Maquiavelo, Nicolás (2009) *Historia de Florencia*, Madrid, Tecnos.
- Maquiavelo, Nicolás (2010) *Textos literarios*, Buenos Aires, Colihue.
- Maquiavelo, Nicolás (2012) *El príncipe*, Buenos Aires, Colihue.
- McCormick, John (1997) “Addressing the Political Exception: Machiavelli's ‘Accidents’ and the Mixed Regime”, en *American Political Science Review*, Vol. 87, Nº 4.
- McCormick, John (2011) *Machiavellian democracy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- McCormick, John P. (2001) “Machiavellian Democracy: Controlling Elites with Ferocious Populism”, en *American Political Science Review*, Vol. 95, Nº 2.
- McCormick, John P. (2003) “Machiavelli against Republicanism: On the Cambridge School's ‘Guicciardinian Moments’”, en *Political Theory*, Vol. 31, Nº 5.
- McCormick, John P. (2007) “Machiavelli's Political Trials and ‘The Free Way of Life’”, en *Political Theory*, 35, Nº 4.
- Meinecke, Friedrich (1959) *La idea de razón de Estado en la Edad Moderna*, Madrid, Instituto de Estudios políticos.

- Merleau-Ponty-Maurice (2010) *Oeuvres*, París, Gallimard.
- Olschik, Leonardo (1945) *Machiavelli the Scientist*, California, Berkeley.
- Pettit, Philip (1997) *Republicanism. A Theory of Freedom and Government*, Oxford, Oxford University Press.
- Platón (2007) *El banquete*, Madrid, Alianza.
- Portantiero, Juan Carlos (1981) *Los usos de Gramsci*, México D.F., Folio.
- Portantiero, Juan Carlos (2000) “Gramsci, lector de Maquiavelo”, en Várnagy, Tomás (comp.) *Fortuna y virtud en la república democrática. Ensayos sobre Maquiavelo*, Buenos Aires, CLACSO.
- Rahe, Paul (2009) *Against Throne and Altar: Machiavelli and Political Theory*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Renaudet, Augustin (1942) *Machiavel: étude d'histoire des doctrines politiques*, París, Gallimard.
- Renzo, Sereno (1959) “A Falsification by Machiavelli”, en *Renaissance New*, N° 12.
- Rinesi, Eduardo (2003) *Política y tragedia: Hamlet entre Hobbes y Maquiavelo*, Buenos Aires, Colihue.
- Rousseau, Jean-Jacques, *Du contrat Social*, París, Ernest Flammarion.
- Spinoza, Baruch (2004) *Tratado político*, Madrid, Alianza.
- Tarcov, Nathan (2007) “Freedom, Republics, and Peoples in Machiavelli’s Prince”, en Velkley, Richard, *Freedom and the Human Person*, CUA Press.
- Torres, Sebastián (2013) *Vida y tiempo de la república. Contingencia y conflicto político en Maquiavelo*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Vatter, Miguel (2004) “Machiavelli After Marx: The Self-Overcoming of Marxism in the Late Althusser”, en *Theory Event*, Vol 7, N° 4.
- Viroli, Maurizio (1999) *Republicanesimo*, Bari, Laterza.
- Visentin, Stefano (2009) “Immaginazione e parzialità. Note sull’interpretazione neorepubblicana del popolo in Machiavelli”, en *Storia costituzionale*, 31.
- Visentin, Stefano (2013) “Il luogo del principe. Machiavelli e lo spazio dell’azione politica”, en Ciliberto, M. *Rinascimento*, Vol. LIIII, Florencia, Olschki.

Resumen

Este artículo tiene como objetivo analizar las menciones del pueblo en *Il Principe* de Nicolás Maquiavelo. A partir de este análisis podemos encontrar insumos para interrogar cómo opera el pueblo en la obra maquiaveliana y cómo interactúa el pueblo con el líder. A estos efectos, procederemos en este artículo del

siguiente modo: restableceremos secuencialmente las menciones al pueblo en la obra de Maquiavelo. Solo una vez proporcionada esta reconstrucción nos dirigiremos al tratamiento de los ejes temáticos con el fin de abordar la innovación teórica que estas referencias representan.

Palabras clave

pueblo – Maquiavelo – pasiones – vínculo político – *Il principe*

Abstract

The aim of this article is to analyze the references that Niccolò Machiavelli makes on the figure of people in *The prince*. Based on his analysis, we may find tools to examine how people operate in his work, and how people interact with the leader. For these purposes, this article will

proceed in the following way: in first place, we will sequentially restore the mentions on people in Machiavelli's work. Once this information is provided, we will focus on the treatment of the relevant concepts in order to address the theoretical innovation that these references portray.

Key words

people – Machiavelli – passions – political bond – *Il principe*